

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión **10**

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por
Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA MENSUAL DE CIENCIA FICCIÓN Y
FANTASÍA**

A cargo de:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

AÑO 1969/4

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Dr. Alfonso Álvarez Villar
Antonio Bellomi
Adolfo Buylla
Ramón Cerdón
Alfonso Figueras
Luis Gasca
José Luis Garci
PGarcía
Carlos Giménez
Francisco Lezcano
José Luis M. Montalbán
Octavi Piulats
Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J Ackerman
Francia: Jacques Ferron
Inglaterra: Jean G. Muggoch
Italia: Riccardo Levegghi
México: Luis Vázquez

Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:
Carlos Buiza

Julio-Agosto 1969. Número 10

**MIEMBRO DE THE NATIONAL FANTASY FAN FE-
DERATION**

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

Un paso más

El retorno de Doc Savage

por Sebastián Martínez

Las melancolías de un amante de los «pulp»

por Alfonso Figueras

Las novelas de Doc Savage

SE PIENSA

Esperanto y ciencia ficción

por Rémi-Maure

Los hombres que venden el futuro

de «The Illustrated London News»

Ciencia ficción inglesa, ciencia ficción chilena

por Domingo Santos

Acerca de un programa de televisión

de «Radio Times»

SE DICE

Libros, revistas, autores, comic, fandom

SE ESCRIBE

Cartas de nuestros lectores

nueva dimensión **MAÑANA**

NOVELAS CORTAS

La sangre es inquieta
por Chad Oliver

El compositor
por Lloyd Biggle, Jr.

CUENTOS

Un túnel llamado Moebius
por A. J. Deutsch

Equipo invencible
por Randall Garrett

Palabras
por Rafael Llopis

La cosecha
por Santiago Martín Subirats

Yo os saludo, maridos
por Belen

Si esto es utopía
por Kris Neville

Un domingo romano
por Lino Aldani

FANZINE

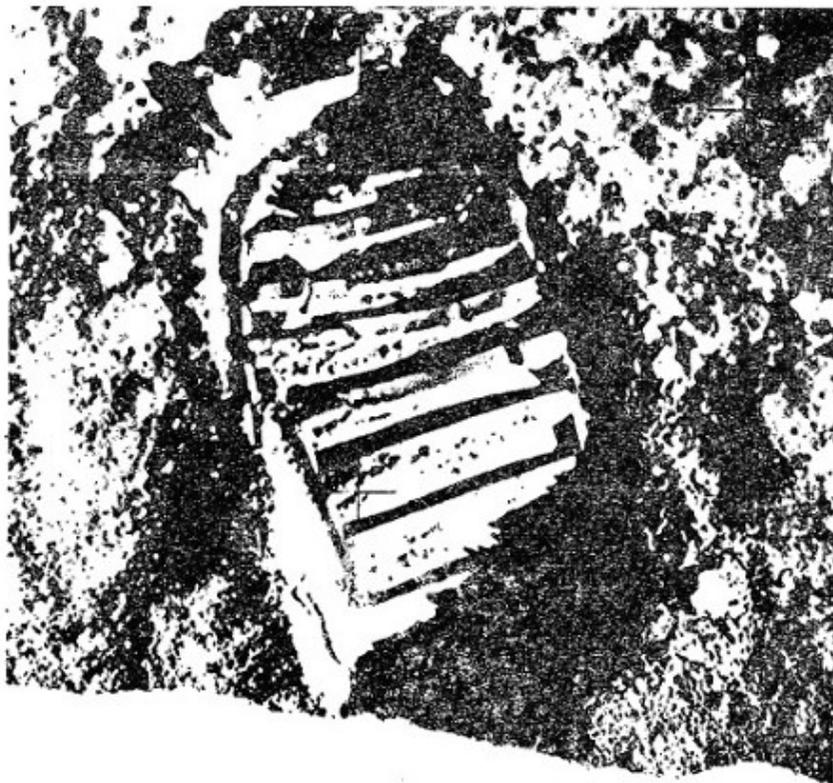
El televisor
por V. y G. Curtoni

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol
José María Beá
Ramón Escolano
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Enric Sió
A. Usero Abellán

HUMOR

Scheffy en *Imagination*
Chelhock en *Imagination*
Guarino en *Civiltà delle Machine Urania*



EDITORIAL

UN PASO MÁS

Hay una categoría de hombres —a los que en mi fuero interno siempre he llamado los ordenadores— cuyo único cometido en la vida parece ser el de ir colocando las cosas en su sitio, aunque éstas no lo tengan de por sí y tengan que crearles unos totalmente artificiales.

A esta categoría pertenecen una gran mayoría de los científicos apegados a las antiguas escuelas, sin haberse dado cuenta de que el escenario en que se

mueven las ciencias ha cambiado totalmente. Pasó ya el tiempo en que la máxima expresión de la sabiduría era realizar una ordenación en la que todo lo conocido tuviera un lugar definido. Ya no nos preocupa tanto la búsqueda de la «suprema ordenación», y el investigador ha de especializarse en lugar de pretenderlo abarcar todo.

No obstante, el antiguo criterio ordenatorio sigue persistiendo en la mayoría de los que se dedican a una de las disciplinas más antiguas del saber humano: la Historia. En general, los historiadores siguen siendo ordenadores. Sí, es cierto que desde la aparición de hombres como Wells o Toynbee, con su espíritu renovador, la Historia se preocupa más de los «porqué» que de los «cuándo», y que ya existen numerosas obras en las que se trata del proceso histórico como de un todo dinámico, fluido y continuo, pero...

Pero los textos con los que se enseña la Historia a los niños todavía siguen siendo unas obras repletas de fechas, en las que el devenir de la Humanidad está encerrado dentro de unos compartimentos estancos llamados Edades, compartimentos entre los que se empeñan en decirles a los niños que jamás existió contacto. Por el contrario, se les presenta a la Edad Media como un retroceso respecto a la Antigua, y al Renacimiento como la antítesis de las llamadas épocas oscuras medievales.

La Historia no es eso. La Historia es una sucesión de hechos sociales en los que cada uno es influido por los anteriores y que a su vez influye en los posteriores. La Historia no puede dividirse en partes inconexas, y menos antitéticas.

Por eso, me preocupa mucho esa palabrería que está apareciendo entre las informaciones de la prensa dedicadas a la próxima expedición Apolo a la Lu-

na. Entre otras cosas, ya se habla de una Edad Espacial...

¡Señores, formalidad! Pónganse de acuerdo entre ustedes, por favor... ¿en qué estamos viviendo: en la Edad Espacial, en la Era del Átomo, en la Época de la Cibernética, en la Segunda Revolución Industrial, en la Decadencia del Capitalismo o en el Siglo de la Locura Colectiva?

Lo cierto es que, en el triunfo de la Tecnología que tiñe este siglo, los hechos significativos se acumulan con tal rapidez que apenas unos años separaran unos de otros. Se necesitaron millares de años desde que el hombre se alzó sobre dos patas hasta que llegó a la Revolución Agrícola del Neolítico, y pasaron otros millares hasta que en el Creciente Fértil aparecieron las primeras culturas que nos dejaron constancia de su existencia.

Luego los milenios pasaron a convertirse en siglos, y en poco más de veinte se producen acontecimientos de tremenda importancia que transforman la vida humana: Roma, el feudalismo, la Primera Revolución Industrial... para culminar en la explosión tecnológica.

En 1945 se anunció la Era del Átomo, pero en los años cincuenta se pensaba en la Edad de la Cibernética, y en los sesenta ya hablamos de la Era del Espacio. Y es que el progreso intelectual está siguiendo una curva exponencial que cada vez produce una mayor aceleración en los acontecimientos sociales.

Un paso en la Luna. Una fecha memorable. Un dato a recordar. Sí. Pero ahora pensemos un poco en el pasado próximo y en el futuro más o menos lejano: 4 de octubre de 1957, el Sputnik. 12 de abril de 1961, Gagarin. 20 de julio de 1969, el Apolo en la Luna. Tres fechas tremendamente próximas señalan la salida al espacio de un objeto, de un hombre,

y del primer alunizaje. Fechas... fechas que pronto —esperamos— serán seguidas por otras. ¿Y nos acordaremos del Sputnik cuando tengamos en mente las fechas del desembarco en Marte, en Venus, en un planeta de otra estrella? ¿Y no confundirán los futuros escolares el nombre de Neil A. Armstrong con el de un futuro descubridor del medicamento que cure el cáncer, o del primer sistema de vuelo estelar, o del primer niño nacido fuera de la Tierra, sin llegar a identificar ese nombre por lo que es: el del primer humano en poner pie en otro cuerpo celeste?

No pretendo con ello el quitar importancia a ese paso, a esa huella en la gris Selene. Sólo trato de colocarla en su verdadero contexto, como otro paso en la cada día más acelerada marcha de la Humanidad. Un paso de tremenda importancia, pero tan sólo un paso.

Y lo que sería verdaderamente trágico es que fuera el último paso en ese sentido. Pues hay indicios que nos hacen temer que éste podría ser el caso, pues vemos como el Gobierno de los Estados Unidos se muestra cada vez más remiso a gastar dólares del contribuyente en empresas espaciales.

No es que podamos esperar demasiado del cuerpo legislativo de los Estados Unidos, que no ha demostrado ser de ninguna gran calidad intelectual en los temas referentes a la conquista del espacio. Si queremos un ejemplo, ahí tenemos esa bandera de las barras y las estrellas que será clavada en la Luna en lugar del símbolo azul de la ONU que pretendía plantar la NASA. La orden de los congresistas fue tajante: deberá ondear —lo cual ya es difícil en la Luna, en donde no hay ni aire ni viento— la «Old Glory», la enseña de nuestro país.

Este aspecto chauvinista de una empresa que es —aunque el Congreso de los Estados Unidos no opi-

ne lo mismo— patrimonio de toda la Humanidad, ya nos hace entrever como es tomada la exploración del espacio por ese augusto cuerpo gobernante. Y nos hace temer por unos fondos que le pudieran ser restados a la NASA para convertirlos en napalm lanzado en Vietnam o en gas lacrimógeno a emplear contra los manifestantes en pro de los derechos civiles. Lo cual nos hace temer por esa mal llamada «Era del Espacio», que podría quedar aniquilada en su embrión.

El paso dejado en la Luna es un signo importante de que algo sucede en la mente del hombre que lo lleva a vencerse a sí mismo para conquistar los retos que la Naturaleza le enfrenta. Tan sólo deseo que ese paso no sea desplazado en ninguno de los dos sentidos: ni dándole más importancia de la que tiene —y pretendiendo abrir con él una era que sea un nuevo compartimento estanco de la Historia—, ni, por el contrario, restándole importancia y dejándolo en un simple récord con el que una nación se pavonee ante sus vecinas envidiosas.

El paso en la Luna es eso: un paso. Un paso de la Humanidad en marcha, de la Humanidad haciendo la Historia.

UN TÚNEL LLAMADO MOEBIUS

A. J. DEUTSCH

La topología es una de las ramas de las matemáticas que, por sus especiales y a menudo paradójicas características, más ha cautivado a los autores de ciencia ficción. Todos ustedes habrán leído sin duda algún que otro cuento en el que se especulaba con las diabluras que pueden hacerse con objetos tan fascinantes como la cinta de Moebius o la botella de Klein. El relato que les ofrecemos aquí ha pasado por ser uno de los primeros que abordaron esta rama de la «ciencia ficción topológica», y es también uno de los más conocidos.

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

Formando una complicada e ingeniosa red, el metropolitano se había extendido a partir de un punto central en Park Street. Un ramal conectaba la línea de Lechmere con la de Ashmont para los trenes que se dirigían hacia el sur, y con la línea de Forest Hills para los que iban hacia el norte. Harvard y Brookline habían quedado unidos por un túnel que pasaba a través de Kenmore Under, y durante las horas punta uno de cada dos trenes era desviado a través del Kenmore Branch de vuelta a Egleston. El Kenmore Branch se unía al Maverick Tunnel cerca de Fields Corner. Subía unos treinta metros en dos manzanas para conectar Copley Over con Scollay Square, luego se hundía de nuevo para unirse a la línea de Cambridge en Boylston. El enlace de Boylston había unido finalmente las siete líneas principales en cuatro niveles distintos. Como recordarán, entró en servicio el 3 de marzo. Desde entonces, un tren podía circular

desde cualquiera de las estaciones a todas las demás del Sistema.

Cada día de la semana había doscientos veintisiete trenes rodando en el metropolitano, los cuales transportaban aproximadamente un millón y medio de pasajeros. El tren de Cambridge a Dorchester que desapareció el 4 de marzo era el número 86. Al principio, nadie lo echó a faltar. Durante la hora punta del atardecer, el tráfico era algo más denso de lo que era usual en esta línea. Pero una multitud es una multitud. Los inspectores del depósito de Forest Hills buscaron el 86 alrededor de las 7,30, pero ninguno de ellos mencionó su ausencia hasta tres días después. El empleado de control en el cruce de Milk Street llamó al jefe de estación de Harvard para pedirle un tren extra después del partido de hockey de aquella noche, y el jefe de estación de Harvard transmitió la petición a los depósitos. El encargado envió el 87, que había sido metido en las cocheras a las diez, como siempre. No se dio cuenta de que faltaba el 86.

Era ya casi la hora punta de la mañana siguiente cuando Jack O'Brien, en el control de Park Street, llamó a Warren Sweeney, de las cocheras de Forest Hills, y le pidió que pusiera otro tren en el recorrido de Cambridge. El parque de Sweeney era ya restringido, por lo que fue al tablero de control y buscó un tren de reserva con su personal. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que Gallagher no había marcado la noche anterior. Sacó la ficha y dejó una nota. Esperaba a Gallagher a las diez. A las diez y media Sweeney bajó de nuevo a ver el tablón y comprobó que la ficha de Gallagher todavía estaba fuera y que la nota permanecía donde él la había dejado. Se acercó al encargado del control y le preguntó si Gallagher había llegado tarde. El empleado le dijo que no había visto a Gallagher en toda la mañana. Entonces Sweeney se preguntó quién estaba conduciendo el 86. Unos minutos después pudo ver que la ficha de Dorkin estaba en el casillero de entrada, a pesar

de que aquél era el día libre de Dorkin. Pero hasta las 11,30 no se dio cuenta, finalmente, de que había perdido un tren.

Pasó la siguiente hora y media en el teléfono, preguntando a cada jefe de estación, empleado de control y jefe de depósito de todo el metropolitano. Cuando terminó de comer, a la 1,30, volvió a llamarlos de nuevo a todos. A las 4,40, poco antes de terminar su jornada de trabajo, informó sobre el asunto, con cierta indignación, a la Oficina Central de Tráfico. Los teléfonos zumbaron a través de los túneles y depósitos hasta cerca de medianoche antes de que, por fin, se notificase del problema al Director General en su propio hogar.

A última hora de la mañana del día 6, el ingeniero del tablero central de control de los desvíos asoció el tren desaparecido con las noticias de los periódicos referentes a la súbita oleada de desapariciones de personas. Informó de la coincidencia al diario *Transcript* y, a primera hora de la tarde, tres de los periódicos habían sacado números extras a la calle. Así fue como cundió la noticia.

Kelvin Whyte, el Director General, pasó buena parte de aquella tarde con la policía. Interrogaron a la esposa de Gallagher y a la de Dorkin. El conductor y el revisor no habían vuelto a casa desde la mañana del día 4. Hacia el mediodía, resultaba claro para la policía que trescientos cincuenta bostonianos, más o menos, se habían perdido con el tren. Revisaron hasta el último palmo del metropolitano, y Whyte casi tuvo un ataque de simple exasperación, pero el tren no fue hallado.

El matemático de Harvard, Roger Tupelo, entró en escena al atardecer del día 6. Llamó a Whyte a su casa, ya tarde, y le dijo que tenía algunas ideas acerca del metro desaparecido. Luego cogió un taxi hasta la casa de Whyte en Newton, y tuvo la primera de una serie de conversaciones con él acerca del Número 86.

Whyte era un hombre inteligente, un buen organizador, y no le faltaba imaginación.